www.alfaguara.com
Empieza a leer... Las alas del dinosaurio

ALFAGUARA

Sissel-Jo Gazan

Las alas del dinosaurio

Traducción de Blanca Ortiz Ostalé

Capítulo 2

Era lunes 8 de octubre por la mañana. El Instituto de Geología, un complejo en forma de H comprimido entre el Museo de Zoología y el Instituto August Krogh, estaba situado en el campus universitario del barrio de Østerbro. El edificio principal, un estrecho rectángulo amarillo de cuatro alturas, daba por un lado a la calle, más concretamente a Jagtvej, y por el otro a un patio empedrado. Anna Bella aparcó su bicicleta junto a la entrada del edificio doce; en la segunda planta estaba el Departamento de Biología Celular y Zoología Comparada. El día no podía haber empezado peor. Había llevado a Lily a la guardería, pero la pequeña se resistía a dejarla marchar y había roto a llorar. Desde el guardarropa veían a los demás niños por el cristal, cómo iban a buscar sus cojines para sentarse y se preparaban para la primera actividad del día, pero Lily se negaba a ir a ningún sitio. Aferrada a su madre, le llenaba el chaquetón de mocos y lágrimas.

Finalmente, una de las educadoras acudió en su auxilio, provocando que la pequeña redoblara sus lloros para desesperación de Anna, que con mirada suplicante logró que la educadora levantara a su hija con cuidado para quitarle el buzo.

Anna sentía constantes remordimientos. Cecilie, su madre, se ocupaba de Lily casi siempre. Se había brindado a ayudarla seis meses antes, cuando la tesina empezó a ponerse cuesta arriba. «Si pretendes acabar ese trabajo dentro del plazo que te han dado, no puedes volver todos los días a las cuatro a ocuparte de la niña», fueron sus palabras. Y así lo hicieron. Anna no se cansaba de repetirse que Lily adoraba a su abuela, de modo que ¿por qué no? Era lo más natural que Cecilie se encargase de ella.

Sin embargo, los últimos meses le habían supuesto un ritmo de trabajo de casi veinticuatro horas al día y, ahora que la tesina al fin estaba entregada, aún le faltaba preparar su defensa y el examen posterior. Por mucho que echara de menos a su hija, no había espacio para ella en aquella ecuación, así de sencillo. Además, Lily estaba muy a gusto con su abuela.

—Ya está bien, Lily —dijo—. Tengo que irme. Hoy vendrá a recogerte la abuela. Esta noche duermes en su casa. ¡Suéltame de una vez!

Tuvo que liberarse de su abrazo.

—Vete —intervino la educadora—, yo me ocupo.

Nada más cerrar el candado de la bici en el patio del Instituto de Geología, Anna vio a Hanne Moritzen sentada en su despacho de la planta baja. Trató de atraer su atención, pero Hanne estaba trabajando y no apartó la vista de la mesa.

Hanne Moritzen era una parasitóloga que estaba a punto de cumplir los cincuenta y le había dado clases en un curso de verano organizado cuatro años antes en la sede de la Universidad en Brorfelde. Una noche en que ninguna de las dos podía dormir, se encontraron en la inmensa cocina del laboratorio terrestre del centro. Hanne estaba preparando una manzanilla y empezaron a charlar. Al principio, de asuntos científicos, pero Anna no tardó en darse cuenta de que, al contrario que los demás profesores que conocía, Hanne no estaba obsesionada con su profesión. Hablaron de buenos libros y de cine, y la alumna se sintió muy a gusto en compañía de la profesora. Cuando empezó a amanecer, decidieron que ya era inútil tratar de dormir, y cuando el personal de cocina llegó, aún adormilado, las encontró jugando a las cartas.

Después habían coincidido en varias ocasiones en la facultad, se habían saludado, habían intercambiado unas frases y habían almorzado juntas varias veces. Hanne irradiaba una determinación y una calma que llenaban a la joven de admiración. Hacía ya tiempo de su última comida juntas. Ape-

nas se enfrentara a la defensa de su tesina, recuperaría el tiempo perdido con todo lo que había descuidado. Su hija, Hanne Moritzen, ella misma. Hanne levantó por fin la vista desde el otro lado del cristal y la saludó sonriente. Anna correspondió al saludo y entró al edificio doce por la puerta giratoria.

El Departamento de Biología Celular y Zoología Comparada estaba integrado por una serie de despachos y laboratorios repartidos a ambos lados de un larguísimo pasillo sin ventanas. El primer despacho era el de Lars Helland, uno de sus dos tutores y director de su tesina. Era un hombre alto y delgado sin una sola arruga, cosa insólita en los biólogos, que jamás se protegían la piel en sus trabajos de campo. Lo único que delataba que estaba próximo a los sesenta eran los hilillos blancos que salpicaban su barba, una coronilla cada vez más despejada y la fotografía de una mujer risueña y una hija adolescente con aparato en los dientes que había sobre su escritorio.

Anna estaba convencida de que Helland la detestaba; en cualquier caso, ella sí le detestaba a él. En los nueve meses que llevaba dirigiendo su trabajo apenas había dedicado tiempo a las tutorías y siempre se había mostrado seco y poco involucrado, y cuando acababa arrinconándolo para preguntarle algo concreto, él siempre se salía por la tangente. Al principio se sentía muy molesta y consideró seriamente la posibilidad de presentar una reclamación, pero ya se había resignado y trataba de evitarle siempre que era posible; el viernes anterior, sin ir más lejos, le dejó la tesina en su casillero en lugar de entregársela en mano. A la cuarta vez que fue a mirar comprobó que la tesina al fin había desaparecido.

La puerta del despacho de Helland estaba entornada y Anna pasó por delante procurando no hacer ruido. A través de la rendija vio parte de la tumbona de su tutor, los últimos centímetros de dos perneras grises, unos pies en calcetines y un zapato tirado con la suela hacia arriba. Típico. Cuando estaba en su despacho, pasaba la mayor parte del tiempo tumbado leyendo en medio de un mar de libros y revistas que se amontonaban en torno al asiento en el mayor de los desórdenes. In-

cluso las escasas veces que la había atendido, lo había hecho recostado, como un gran señor que le concedía audiencia.

Caramba, no estaba solo. Al oír una voz exasperada, Anna redujo la velocidad de manera instintiva. ¿Era Johannes? Trató de entender de qué hablaban, pero se dio por vencida. Ya se enteraría. Apretó el paso y continuó pasillo adelante.

Anna y Johannes compartían despacho. Él ya había acabado la carrera de Biología, pero le habían permitido conservar su mesa porque estaba escribiendo un artículo en colaboración con Lars Helland, que también había dirigido su tesina. La estudiante recordaba perfectamente su primer día en el departamento, en enero; Helland la condujo a la sala de estudio, donde ya estaba Johannes. Le reconoció de inmediato porque le había visto en clase y pensó: «Oh, no». Después se sorprendió de su propia reacción, porque en realidad jamás habían cruzado una palabra. El aspecto del joven era extraño, él era extraño. Llevaba el pelo teñido de color zanahoria y una mirada algo insistente que asomaba tras unas gafas redondas pasadas de moda, como si la observase embobado, y durante las tres primeras semanas se sintió muy incómoda al tener que compartir con él su lugar de trabajo. La mesa de Johannes era lo más parecido a un campo de batalla, siempre llena de tazas de té por todas partes; no ventilaba, no recogía y todos los días olvidaba poner su teléfono móvil en modo silencio y, aunque siempre se disculpaba, no dejaba de ser molesto. Él, en cambio, parecía sumamente satisfecho de tener una compañera en aquel despacho de diez metros cuadrados y hablaba sin cesar. De sí mismo, de su trabajo o de la política mundial.

Durante las primeras semanas, Anna lo mantuvo a raya. Se levantaba y bajaba a comer sola a pesar de que lo más natural habría sido invitarle a acompañarla, respondía con monosílabos a sus preguntas para no darle pie a entablar conversación y rechazó su entusiasta propuesta de encargar que les subieran unos bollos. Aun así, él no se dio por vencido. Era como si no se percatase de su frialdad. Parloteaba sin descanso, reía de buena gana sus propias historias, aparecía con inte-

resantes artículos por si a ella le apetecía leerlos y siempre preparaba dos tazas de té y le servía una de ellas con leche y miel, justo como a ella le gustaba, curiosamente. Hasta que un día, Anna capituló. Johannes era un tipo entrañable y divertido y la hacía reír como no se había reído en..., bueno, años. Además, era brillante, y ella se había dejado engañar por su aspecto poco convencional. Su mirada no era insistente, como creía al principio, sino atenta y abierta. Como si se esforzara. Como si lo que ella decía fuese importante.

—¡Pero si te has maquillado! —exclamó sorprendida una mañana de primavera, poco tiempo después de que se hicieran amigos.

Johannes ya estaba en su mesa cuando llegó Anna. Llevaba pantalones de cuero, camisa hawaiana y el pelo peinado hacia atrás con fijador, y sus largos y pálidos dedos estaban repartidos por el teclado. Las gafas aumentaban el tamaño de sus ojos castaños, de modo que cuando la miró no le cupo la menor duda: tenía restos de maquillaje alrededor de los ojos.

—Soy gótico —admitió con una sonrisa misteriosa.

—¿Que eres qué?

Anna dejó el bolso sobre la silla y le miró sin comprender.

—El viernes fue un poco fuerte. Me vestí de *drag* —continuó él con aire críptico—. Creía haberme quitado todo el maquillaje.

Le indicó por gestos que se acercara.

—Mira, ya verás.

Le mostró unas fotos en Internet mientras seguía contándole. Era un club que se llamaba La Máscara Roja y organizaba fiestas el primer viernes de cada mes. El nombre estaba inspirado en un cuento de Poe, *La máscara de la muerte roja,* y sus reuniones eran el punto de encuentro de los góticos de todo el norte de Europa. Es una subcultura, le explicó señalando una fotografía al ver la expresión vacía de su amiga. Al principio Anna no comprendió quién era. Una mujer de as-

pecto algo andrógino con el pelo rojo, los labios pintados de negro y unos ojos maquilladísimos que llevaba puesto un corsé negro muy ajustado, una camiseta de rejilla, unos pantalones de cuero y un montón de remaches. «Orlando», se leía al pie de la foto. Le interrogó con la mirada.

—Soy yo —dijo él al fin.

—¡Venga ya! —exclamó su amiga. Se sentía como una idiota. Por supuesto. ¡Johannes era gay!—. ¿Qué quiere decir *Orlando*? —se interesó.

Él le lanzó una mirada severa.

—*Orlando,* evidentemente, hace referencia al personaje de la novela de Virginia Woolf, que al principio es un hombre y después se convierte en mujer. Igualito que yo al caer la noche.

Se echó a reír. Anna le miró boquiabierta y dijo:

—Vale.

—Pero no soy gay —añadió él de repente como si le hubiese leído el pensamiento.

—Ah, y entonces ¿qué eres? —se le escapó a la joven.

—Me gustan las mujeres —aclaró con un guiño—. Y luego soy gótico y de vez en cuando voy a nuestras fiestas vestido de *drag,* vamos, con ropa de mujer.

—Pero en esas fiestas ¿folláis o qué? —soltó ella de pronto.

Johannes la observó con aire divertido.

—¿Por qué? ¿Eso te animaría a venir?

—No jodas —le tiró una goma sin poder reprimir una sonrisa—. No te lo preguntaba por eso. Sólo era curiosidad. Pareces... —señaló con la cabeza hacia la pantalla.

Él siguió la dirección de su mirada.

—Sí, voy hecho un espantajo.

Después tamborileó con los dedos en la mesa y volvió la vista hacia ella titubeante, como si se preguntara si sería capaz de explicárselo.

—En La Máscara Roja no hay sexo —dijo al fin—, pero muchos góticos también están metidos en ambientes *fetish*. Yo, por ejemplo.

Estudió su expresión antes de proseguir.

—Ese otro club se llama Inkognito y los encuentros se hacen dos veces al mes —se rascó la ceja—. Y ahí sí se folla. Hay cuartos oscuros y la gente va vestida de charol y de cuero. Te pueden colgar de una pared y darte de latigazos, si quieres.

Anna levantó una mano.

—Vale, gracias. Con eso me vale, Johannes.

—Las mojigatas se llevan mucho en el mundo *fetish*. Muchísimo.

Abrió los brazos en un gesto de invitación y Anna le lanzó una revista que él esquivó echando la silla hacia atrás. Se reía a carcajadas y acabó por contagiarla. Qué fáciles eran las cosas con Johannes.

Lo único que enturbiaba la armonía que reinaba entre ambos era Lars Helland. En los primeros tiempos de su amistad, Anna le preguntó a Johannes si sabía qué mosca le había picado a su tutor, que en su opinión siempre andaba con prisas, áspero y desconcentrado. Para su asombro, se encontró con que su amigo parecía estupefacto. ¿A qué se refería? Con él había sido un tutor extraordinario, intachable. ¿Y no le encuentras distraído, ausente y apático?, insistía ella. Johannes no podía estar menos de acuerdo.

Un día estuvieron a punto de discutir a causa de él. A Anna se le escapó que muchas veces le entraban ganas de hacerle alguna trastada. Nada grave, cosas como esconderle el manual que más utilizara o aflojarle una tuerca del microscopio estereoscópico donado por la Fundación Carlsberg que tenía encima de la mesa y que costaba millones de coronas. Una sola tuerquita bastaría para que las muestras no volvieran a ser nítidas o los oculares no ajustaran bien entre los ojos de Helland. ¿Y qué tal llenarle de moho la alfombra o ponerle ratones en la estantería? Algo que le molestara sin llegar a perjudicarle igual que él la molestaba sin llegar a hacerle daño. Habían hecho un descanso para tomar un té y acababan de

comentar una película que los dos habían visto; se estaban riendo, pero cuando Anna sacó a la luz sus fantasías, Johannes palideció.

—No tiene gracia —aseguró—. ¿Por qué dices esas cosas? No tienen ninguna gracia.

—Eh, tranquilo —contestó ella, algo avergonzada ante la idea de haber desvelado un secreto al parecer de lo más desacertado.

—No hay que ir por ahí molestando a la gente —murmuró el joven.

—No hablaba en serio —le explicó.

—Pues no daba esa impresión —insistió él.

—Pero bueno, ¿esto qué es? —preguntó ofendida volviendo su silla hacia Johannes, que estaba enfrascado en el teclado—. ¿Me estás diciendo en serio que crees que quiero perjudicar a Helland?

—No, claro que no.

De pronto parecía inseguro.

—No entiendo por qué siempre le defiendes —continuó ella, exaltada.

—Y yo no entiendo por qué siempre le atacas.

La observó con curiosidad.

—Sinceramente, Anna, deberías darle una oportunidad.

—No le intereso lo más mínimo —replicó; ella misma se dio cuenta de lo absurdas que sonaban sus palabras.

—¿Y por eso le vas a meter moho debajo de la alfombra para que le duela la cabeza, le escuezan los ojos y se le irriten las mucosas?

—¡Si era una broma!

Su amigo le lanzó una mirada escrutadora.

—¿Por qué eres tan dura algunas veces? Tu tono... Es como si lanzaras cuchillos. Helland no es tan terrible. En muchos aspectos es un tío estupendo.

Anna se volvió hacia su pantalla y empezó a aporrear las teclas. Estaba a punto de echarse a llorar. Johannes puso agua a calentar y preparó un té.

—Toma, guapa —le dijo con cariño al dejarle una taza sobre la mesa. Le dio una palmadita.

—Sólo era una broma, ¿vale? —murmuró ella.

—Pues no ha tenido gracia —contestó regresando a su mesa.

A partir de ese día Johannes y Anna evitaron hablar de su tutor, a pesar de que ella cada día le encontraba más extraño. Una tarde, después de dejar a Lily en casa de Cecilie, volvió a trabajar al despacho. Estaba anocheciendo y el patio de detrás del edificio estaba repleto de azuladas sombras danzarinas. El aire llevaba el perfume a hojas del final de un verano inusualmente fresco. Unas palomas que picoteaban el suelo del aparcamiento aletearon bruscamente cuando se le cayó la bicicleta. Hacía ya mucho que Johannes se había marchado a casa, lástima.

De pronto Helland se materializó en la penumbra. Estaba de espaldas a ella completamente inmóvil, en el punto exacto donde hacía apenas un instante correteaban los pájaros, y parecía una figura de cera. Ignoró a las palomas y no se volvió. Anna comenzó a sentir un gran desasosiego y avanzó con cautela hacia él. La luz era cada vez más débil y la joven describió un pequeño semicírculo con la esperanza de que al menos la saludara, pero él no se volvió. Continuó dándole la espalda, aparentemente sin hacer nada. Ella buscó su coche con la mirada, pero no lo encontró. Luego trató de localizar su bicicleta, pero tampoco estaba. Helland no llevaba ninguna llave en la mano, ninguna cartera al hombro, nada de abrigo. Al entrar en el campo visual de su tutor, carraspeó. Él ladeó la cabeza, la miró con cara inexpresiva y abrió los labios para decir algo, aunque de entre ellos sólo llegó a salir un sonido borboteante y un poco de espuma blanca.

—¿Se encuentra bien? —gritó asustada.

—Ággade —murmuró él dando un manotazo.

La miró con rabia, pero el golpe le salió algo desviado si lo que pretendía era apartarla.

—Gue de ayas —insistió algo más alto; un poco de espuma le cayó de la boca y desapareció en la oscuridad.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó Anna.

Helland asintió.

—Sí, vete —dijo, esta vez con claridad.

Anna se marchó. Con el corazón a punto de estallar, subió a la segunda planta y se encerró en la sala de reprografía que daba al aparcamiento. Desde la ventana a oscuras contempló a Helland. Allí seguía, aunque parecía sacudido por fuertes escalofríos y movía la cabeza; después adelantó una pierna, luego la otra, dobló la esquina y desapareció.

Al día siguiente decidió referirle el episodio a Johannes. Al principio pareció molesto al ver que Anna rompía su acuerdo tácito de no hablar más de Helland, pero al final admitió, para asombro de su amiga, que él también había observado que el profesor no atravesaba sus mejores momentos. Johannes y Helland colaboraban en un artículo que tomaba como punto de partida la tesina del discípulo y, para ser sinceros, no había estado tan fino como solía. De pronto la joven preguntó:

—¿Y qué le pasa en el ojo?

Él la miraba sin comprender.

—Tiene algo en el ojo —insistió ella señalándose el borde del ojo derecho—, una especie de pústula. A lo mejor está enfermo.

El joven se encogió de hombros. Anna no podía asegurar lo del ojo porque las pocas veces que le veía era cuando atravesaba el pasillo a toda velocidad dejando a su paso una estela de inquietud, rugía un «buenos días» por la puerta de la sala de estudio y se metía en el ascensor. Johannes volvía a estar enfrascado en su teclado, de modo que desistió.

Anna vivía en Copenhague desde 1999, año en que la admitieron en la Facultad de Biología. Jens, su padre, ya estaba instalado allí y la ayudó a encontrar un apartamento en Florsgade. Ella tenía ocho años cuando Jens y Cecilie se divor-

ciaron y se quedó en Fionia con su madre, en un pueblecito llamado Brænderup que estaba situado a las afueras de Odense. Las casas del pueblo no pasaban del medio centenar y las familias que las habitaban mantenían un estrecho contacto unas con otras; era un lugar muy agradable para criar a una niña. La pequeña pasó muchos años sin estar muy segura del momento preciso de la separación de sus padres, ya que Jens nunca dejó de aparecer por allí como un pretendiente de lo más optimista. Anna sabía que eso molestaba mucho a las novias que tuvo después de Cecilie, y no porque padre e hija hablaran demasiado de sus sentimientos, sino porque él lo comentó en una ocasión. Que a sus novias no les hacía ni pizca de gracia que prefiriese pasar la Navidad con Cecilie (y con Anna) y que nunca se olvidara de su cumpleaños (aunque el de Anna sí se le pasó dos veces). Sabía que su padre la quería, pero a Cecilie la idolatraba; eso saltaba a la vista.

Un día Anna le dijo a Karen que creía que los padres se querían más entre ellos que a sus hijos. Karen era su amiga del alma y en aquel momento ambas tenían diez años. Estaban jugando a las casitas y de pronto le preguntó por qué sería que los mayores primero querían a otros mayores y después a sus hijos. Su amiga le contestó que las cosas no eran así, que a ella su madre siempre le decía que la quería más que a nada en este mundo, que los mayores unas veces estaban juntos y otras veces no, pero a sus hijos los querían para siempre, toda la vida, y nunca se arrepentían de haberlos tenido. Casi acabaron peleándose, pero en plena discusión Jens las llamó desde la cocina, donde las esperaba con pan tostado y leche con cacao. Para entonces Jens y Cecilie ya debían de estar divorciados, pero eso no le impedía estar allí leyendo el periódico junto a la ventana de la cocina. Y tostando pan. Las niñas se le acercaron y Karen le preguntó:

—¿Quieres más a Cecilie que a Anna?

Jens dejó el periódico con cara de asombro. Anna era bajita y morena y Karen, rubia y con rizos.

—¿A qué demonios viene esa pregunta? —replicó mientras Anna enrojecía de vergüenza.

Lo último que ella quería era que Jens se enterara, lo último que quería era que Karen se lo dijera. Se resistía a levantar la vista del mantel de hule. No recordaba bien qué había ocurrido, solamente que no quiso seguir jugando con su amiga aquel día y que, a pesar de sus protestas, le quitó el sello que le había regalado. Sin embargo, esa misma noche Jens le contó una cosa. Cuando ella nació, Cecilie tuvo serias complicaciones en la espalda. Pasó largas temporadas ingresada y los dolores que sufría eran tan fuertes que, aunque Anna no pesaba ni tres kilos, no podía cogerla en brazos. Fue muy duro para ella. Jens la arropó bien con el edredón y le dio un beso en la frente. Por eso cuido de Cecilie, le explicó. Mucho muchísimo. La niña asintió. Ella también se esforzaba por hacer cosas que agradaran a su madre.

—Pero a ti te quiero más que a nadie, Anna —añadió con mucha seriedad—. Es lo que hacen los padres, y si no, es que algo no marcha bien.

Al día siguiente Anna le devolvió el sello a Karen. Y le regaló un animalito de plástico que bajaba él solo por el cristal de las ventanas.

En la primavera del año 2004, cuando Anna le contó a Jens que esperaba un hijo de Thomas y que habían decidido tenerlo, él le preguntó:

—¿Por qué?

Se encontraban en una cafetería de Odense y venían de comprarle una bata muy suave a Cecilie por su cumpleaños. Estaban tomando un café antes de seguir camino hacia Brænderup, donde Cecilie los aguardaba con una cena especial.

Miró furiosa a su padre.

—¿Te explico lo de las flores y las abejitas o eso ya lo tienes superado?

—Es que tenía entendido que las cosas con Thomas no iban demasiado bien.

—Ahora van mejor.

—¿Hace cuánto que os conocéis?

—Va a hacer un año.

—¿Qué edad tienes?

—¿No te acuerdas?

—¿Veinticinco?

—Veintiséis.

—¿Y cuánto tiempo te falta para acabar los estudios?

—Tres años.

—¿Por qué quieres tener un hijo ahora? —repitió—. La última vez que nos vimos, estabas pensando en romper con Thomas porque era..., qué dijiste..., demasiado egocéntrico. Porque no estabas muy segura de poder soportarle. Porque trabajaba demasiado. ¿Es que ya se te ha olvidado?

—No te cae bien.

—No le conozco mucho.

—Pero lo poco que conoces no te gusta.

Jens dejó escapar un suspiro.

—Me cae bien, Anna. Es un buen chico.

Permanecieron un rato en silencio. La joven tenía las mandíbulas apretadas. Sentía un hormigueo en las piernas y tuvo que quedarse callada para no ponerse a gritar. De pronto su padre la atrajo hacia sí.

—Enhorabuena —le susurró al oído—. Enhorabuena, cariño. Perdóname.

Después fueron directamente a comprar un cochecito azul oscuro para su nieto. En la capota llevaba una sombrilla de color azul oscuro que Anna hacía girar con cuidado mientras Jens pagaba. Estaba algo descolorido por un lado porque lo habían tenido expuesto en el escaparate, pero había lista de espera para llevarse uno nuevo. Y su recién estrenado propietario no tenía intención alguna de esperar, no, señor. En el rato que pasaron en la tienda repitió «mi nieto» al menos diez veces. El dependiente no dejaba de lanzar miradas de reojo hacia el vientre de Anna, que estaba más liso que una tabla, y ella no podía parar de reír. Cuando llegaron a casa, olía a cordero asado por todas partes y se encontraron a Cecilie subida a la mesa

de la cocina colgando una guirnalda de banderitas en la ventana que daba al jardín. Jens entró con el cochecito.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella.

—¿A ti qué te parece?

—Un cochecito de bebé.

—¡Bingo!

—¡Si estoy en plena menopausia! —protestó Cecilie escupiendo el alfiler que sujetaba entre los labios.

Anna rompió a reír mientras Jens corría por la cocina con el cochecito gritándole a su ex mujer:

—Bájese de la mesa, abuela, agárrese al andador y vaya a la nevera a sacar su mejor botella de espumoso. A partir de este momento puede dirigirse a mí con el honorable título de «Excelentísimo Abuelo».

Sólo entonces vio la luz, saltó de la mesa como una estrella de rock y se arrojó en brazos de su hija. Media hora más tarde, ya cenando y con la botella vacía —la joven no bebió una gota y sus padres estaban de un humor excelente—, Cecilie preguntó:

—¿Quién es el padre?

Anna sintió un movimiento por debajo de la mesa y comprendió que Jens había intentado silenciarla de una patada. Se quedó en silencio observando alternativamente a uno y otro.

—Vais a acabar conmigo —dijo al fin; después se fue a su antiguo dormitorio a ver la televisión.

A la mañana siguiente los encontró consultando Internet juntos.

—Me mudo a Copenhague —anunció su madre alegremente. Jens continuó buscando un rato y Cecilie fue a calentarle el desayuno a su hija.

—Siéntate —dijo.

Dejó sobre la mesa mantequilla, leche y queso, su compota casera y un pepino. Preparó un poco de té y le sirvió a Anna. Tras dejar la tetera encima de la mesa, la miró a los ojos y le dijo:

—Perdona que te lo haya preguntado. Es Thomas, por supuesto. Lo que ocurre es que tenía la sensación de que las cosas no marchaban bien entre vosotros, que sólo era cuestión de tiempo que...

—Pues te equivocabas —la interrumpió.

Cecilie esbozó una sonrisa fugaz.

—Me cae muy bien —dijo con énfasis.

Lo cierto era que entre Anna y Thomas las cosas iban espantosamente mal. No hacía siquiera un año que se conocían, y no vivían juntos. Ahora que iban a ser padres se mudarían, por supuesto. Se conocieron por casualidad en un bar del barrio de Vesterbro. Nada más verlo, Anna pensó que era demasiado guapo para ella, allí de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, los pies marcando las dos menos diez, la espalda muy derecha y un cigarrillo en el puño donde apoyaba el codo. La camiseta le quedaba algo ajustada, pero debía de ser difícil resistirse a la tentación con un cuerpo tan bonito como el suyo.

«Qué tipo tan fastidioso», pensó. Trabajaba como médico en el hospital de Hvidovre y estaba en plena especialización; treinta y tantos. Tenía el pelo corto y casi blanco, una piel fina y pecosa y una mirada muy intensa. Se fue a casa poco antes de las dos, «como sus pies», se dijo Anna mientras le observaba salir del local.

Al cabo de dos días la llamó. Ella le había dicho su nombre y él la había buscado en Internet. ¿Una cena? De acuerdo. A partir de ese momento fueron pareja.

Las cosas se torcieron casi de inmediato. Anna no acababa de entender lo que ocurría, pero el caso es que jamás en su vida se había sentido tan desgraciada, y para ella era todo un misterio cómo podía estar tan locamente enamorada al mismo tiempo. Entonces. Thomas decía que la quería, pero ella no le creía. Estás un poquito paranoica, se burlaba. Ella sí le amaba, de modo que estaba a punto de volverse loca. Cuan-

to más se tambaleaba en su difusa atención, más le quería. Hacia noviembre, cuatro meses después de su primer encuentro, ya había perdido la noción de lo que sucedía. No tenía la menor idea de si eran novios o no, de si la quería (eso decía) o no (eso demostraba con su comportamiento; llegaba horas tarde, no aparecía, no llamaba). No sabía si tenían futuro, dónde estaba, por qué decía lo que decía, por qué unas veces la llevaba cuando salía con sus amigos y otras en cambio no, ¿qué pintas tú ahí? Para eso ella no tenía respuesta. Quería acompañarle, eso era todo.

Thomas le pedía que se tomara las cosas con más calma. No lo estropees ahora que estamos tan bien, decía. Ella lo intentaba, pero no funcionaba. Él había visto a los padres de Anna muy pocas veces y nunca había sido precisamente un éxito. Ella nunca había visto a los padres de Thomas. En primavera él se tomó un tiempo para pensar que duró dos semanas. Yo te quiero, Anna, eso no lo dudes nunca, pero no soporto esta contienda permanente, le había dicho enfadado. Y es que tras una de sus peleas nocturnas se había presentado en el trabajo tan agotado que a punto estuvo de equivocar la medicación de un paciente. Durante esas dos semanas que dejaron de verse, ella se hizo una prueba de embarazo.

—Bueno, pues parece que vamos a tener un niño —dijo risueño cuando se reunieron de nuevo.

Anna no le quitaba la vista de encima.

—¿Te alegra?

—Yo habría elegido otro momento.

Se fueron a vivir juntos poco antes de que naciera Lily. Ya iba a hacer tres años de eso.

El Museo de Zoología, contiguo al Instituto de Biología, descollaba por encima de las demás construcciones como un barco engalanado. Los dos pisos superiores albergaban la parte abierta al público, mientras que el resto del edificio consistía en laboratorios y despachos dispuestos simétricamente

en torno a un núcleo a prueba de incendios donde se conservaban las colecciones de insectos, moluscos y vertebrados que los científicos daneses habían reunido y clasificado a lo largo de cientos de años. En la tercera planta se encontraba la sala de vertebrados, que acogía una gigantesca colección de animales; debajo había dos secciones de invertebrados y abajo del todo, el sótano de las ballenas, que albergaba, entre otras muchas cosas, el esqueleto montado de una ballena barbada de tamaño natural.

El otro tutor de Anna, Erik Tybjerg, era un estudioso de la morfología de los vertebrados. Había escrito su tesis acerca de la evolución del paladar de las aves y era el polo opuesto de Helland. Tenía el cabello castaño y fino, los ojos oscuros y un cuerpecillo ágil, y siempre investigaba con unas gafas de culo de vaso que hacían sonreír a su pupila, porque daba la impresión de ir disfrazado de sí mismo. Era tímido y muy serio. Jamás cancelaba sus tutorías y siempre acudía bien preparado, con los libros de los que habían hablado en su última reunión o con una copia del artículo que le había prometido. Hablaba en *staccato,* al principio le había costado mirarla a los ojos, tomaba un té negro como el carbón con cantidades ingentes de azúcar y las pocas veces que Anna intentaba sonsacarle información no estrictamente científica se encerraba en su concha como una ostra.

Él fue el primero en mostrarle la sala de vertebrados.

—No se aprende nada acerca de los huesos en los libros —le dijo de camino hacia la colección. Luego añadió con mirada severa—: Y jamás hay que llegar a ninguna conclusión sobre los huesos a partir de dibujos y fotos. ¡Jamás!

Abrió la puerta del depósito y desapareció entre varias hileras de armarios. Anna, abrumada por el inesperado olor a animal en conservación, permaneció inmóvil unos instantes antes de aventurarse a avanzar por la habitación. No estaba ni oscura ni iluminada, como esos lavabos a prueba de drogadictos donde se ve el papel higiénico, pero no las venas de los brazos.

La colección de vertebrados consistía en un enorme espacio dividido por hileras de vitrinas con puertas de cristal que contenían animales disecados y armarios con cajones repletos de cajas y cajitas de diversos tamaños donde se guardaban los huesos una vez limpios y hervidos. Tybjerg, que se manejaba con soltura entre las filas, se detuvo a medio camino.

—Aquí están las aves —anunció satisfecho.

El extractor hacía un ruido extraño, y olía mal. Anna echó un vistazo al interior de los armarios, donde se acumulaba una fila tras otra de pájaros disecados. Avestruces, un dodo y pequeños gorriones de todo tipo. El científico tomó un pasillo a la izquierda y desapareció al doblar un recodo.

—Este lugar es sagrado —dijo desde algún punto perdido en la oscuridad.

La joven le oía manipular las vitrinas. Se acercó a uno de los armarios hasta pegar la nariz al cristal en un intento de ver qué pájaro había al otro lado. Era grande y marrón y tenía una cola muy poblada. Le habían extendido las alas, como si se dispusiera a posarse o a despegar el vuelo en el instante de su muerte, y de pronto descubrió que llevaba en el pico un ratón disecado a título ilustrativo. Tenía una envergadura de al menos dos metros y hacía que los demás pájaros de la vitrina parecieran poco más que una bandada de pollos amedrentados.

—Un águila real —apuntó Tybjerg sobresaltándola. Había rodeado los armarios hasta colocarse tras ella sin que lo advirtiera y llevaba dos cajas de madera alargadas bajo el brazo. Anna se apoyó en uno de los armarios.

—Cuidado con el cristal —le advirtió él—. Es auténtico. Por eso está tan abombado.

—¿Es necesario que esté todo tan oscuro? —preguntó ella.

—Vamos —contestó su tutor ignorando su pregunta.

La joven le siguió y al regresar al pasillo sintió que le temblaban las piernas.

—A ver qué tenemos aquí —dijo Tybjerg tomando asiento junto a una mesa que había bajo una ventana—. Un ejemplar de *Rhea americana*.

Con sumo cuidado extrajo de la caja el cráneo de un pájaro.

—Al tratarse de un ave no voladora —le explicó—, su esqueleto recuerda en muchos aspectos al de los dinosaurios depredadores, de modo que es un buen ejemplar para practicar. Es más fácil estudiar este tipo de huesos, porque en las voladoras todo se amalgama. Los huesos de las aves no voladoras, en cambio, se parecen bastante a los de las aves primitivas. Venga, vamos a repasarlo juntos.

Anna se acomodó en su asiento mientras él iba sacando de la caja todas las piezas y las colocaba sobre la mesa. Un rompecabezas con forma de pájaro. Observó con curiosidad cómo acoplaba los huesos. Ella no habría tenido la menor idea de por dónde empezar, pero no le pasó inadvertida la delicadeza con que se movían las manos de su tutor.

Pasaron casi dos horas sentados junto a la ventana. Después de mostrarle el procedimiento un par de veces, le pidió que lo ensamblara ella. No le quedaba más remedio que familiarizarse con las numerosas reducciones y adaptaciones de aquellos esqueletos si quería seguir bien el hilo del debate. Todos los científicos de la facción que se negaba a admitir que las aves son dinosaurios contemporáneos eran expertos ornitólogos, y su adalid era el célebre especialista Clive Freeman. ¿Había oído hablar de él? Anna asintió. Clive Freeman era profesor de ornitología del Departamento de Ornitología Evolutiva, Paleobiología y Sistemática de la Universidad de British Columbia y había publicado varios trabajos de gran éxito.

—Es un excelente ornitólogo —subrayó Tybjerg— y conoce a fondo su oficio. Si quieres tener la más mínima oportunidad de rebatir sus argumentos, tendrás que familiarizarte con los aspectos anatómicos y fisiológicos a los que recurre cada vez que pretende defender su absurda teoría de que las aves no son dinosaurios.

Se quedó con la mirada perdida. Freeman y su equipo carecían de base científica para justificar su postura, continuó explicando, porque todo, incluido el respaldo de fósiles y métodos sistemáticos más que reconocidos, venía a confirmar la estrecha relación entre aves y dinosaurios.

—A pesar de todo, insisten —Tybjerg clavó en ella la mirada de sus ojos entornados—. ¿Por qué?

Anna estaba ocupada tratando de adivinar por dónde encajaban los coracoides en el esternón, y su profesor pareció aprobar su decisión, porque le pasó una escápula. Al tenderle el hueso, clavó en ella una mirada penetrante.

—Doscientas ochenta y seis apomorfias.

—¿Cómo?

—Están pasando por alto doscientas ochenta y seis apomorfias.

La joven tragó saliva. ¿Qué era una apomorfia? Tybjerg jugueteaba con un huesecillo puntiagudo.

—Tendrás que revisar todos los argumentos, los suyos y los nuestros —dijo por fin—, contrastarlos de una vez por todas. Le haremos morder el polvo.

Aquella expresión sonaba extraña en sus labios. Anna contempló el campus.

—Publicaremos un librito, una especie de manifiesto. La prueba definitiva —concluyó él con aire triunfal.

Ya se disponía a marcharse cuando Tybjerg la retuvo con un «por cierto» al tiempo que lanzaba sobre la mesa una llave plateada que parecía haberse sacado de la manga. Anna la cogió mientras él le decía sin mirarla:

—Yo no te he dado ninguna llave maestra.

Ella se apresuró a guardársela en el bolsillo asegurando:

—No, claro que no.

Acababa de entregarle algo que a los estudiantes les estaba vedado. Ahora podía traspasar todas las puertas.

Anna abandonó el museo con más curiosidad que nunca. Apenas vio a Johannes, le preguntó por Tybjerg.

—A mucha gente no le gusta —contestó él de forma espontánea.

—¿Por qué?

Al ver la sorpresa de la joven, su amigo pareció arrepentirse de sus palabras.

—La verdad es que no me hace mucha gracia ir por ahí contando chismorreos —dijo al fin.

—Venga ya, Johannes, déjate de chorradas —exclamó ella.

Él lo pensó mejor.

—Bueno —cedió—, pero te hago un resumen. Por lo que cuentan, Tybjerg es un investigador extraordinario. Aún iba al colegio cuando el museo le contrató para que se ocupase de las colecciones; por lo visto tenía una memoria de elefante. Pero el caso es que socialmente es un desastre y no goza de demasiada popularidad. Hace años que él y Helland forman una especie de equipo... —torció el gesto—. Cuando era más joven dio clases a los alumnos de los primeros cursos, yo lo tuve. Pero hubo quejas.

—¿Por qué?

—No sabe enseñar —contestó Johannes.

—Qué raro —dijo ella—. Me he pasado la tarde con él y a mí me ha parecido muy bueno explicando.

—No delante de un grupo de personas. Se pone nervioso y se vuelve monótono, como si recitase de memoria textos larguísimos y de lo más enrevesados. Para mí que está un poco majara. Si no le han echado aún, es porque la colección de vertebrados no tiene secretos para él. Sabe de ella más que nadie en este mundo. Es como tener a un autista trabajando en una inmensa mediateca, sabe dónde está todo y cómo se llama. Pero jamás se les pasaría por la cabeza hacerle fijo. Para trabajar en la Universidad de Copenhague hay que saber enseñar.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Vamos, que Tybjerg es bastante más rarito de lo normal.

Anna apoyó la cabeza en el teclado.

—Tengo una suerte bárbara, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Un tutor que es un inepto y el otro, un tío raro.

—No empecemos otra vez —la atajó Johannes—, eso ya lo hemos hablado. Helland no tiene nada malo.

—Yo sólo lo digo.

—Vale, pues ¿te importa callarte?

Al principio, todos los términos y todas las posturas científicas del debate sobre el origen de las aves le resultaban duros y resbaladizos como piedras. Había asumido que para empezar no le quedaba más remedio que aceptar como válido el punto de vista de Helland y Tybjerg si quería comprender mínimamente aquel inmenso entramado de implicaciones y con el tiempo llegar a formarse una opinión propia, pero, para ser sincera, debía admitir que no alcanzaba a entender por qué Helland y Tybjerg tenían razón y Clive Freeman, según esos mismos Helland y Tybjerg, no.

«Las aves son dinosaurios vivientes», anotó en un papel. Y a continuación: «Aves y dinosaurios descienden unas de otros». Luego garabateó dos cabezas más o menos parecidas a Tybjerg y a Helland y lo colgó en la pared. Después cogió otro papel, lo adornó con una cabeza que supuestamente era Freeman y escribió: «Las aves no son dinosaurios vivientes». Y a continuación: «Las aves modernas y los extinguidos dinosaurios son grupos hermanos cuya única relación es su común procedencia». ¿Cómo se llamaba esa procedencia común? Lo buscó, añadió al papel «el arcosaurio» y lo colgó en la pared.

—Un arcosaurio es un reptil diápsido —repitió cerrando los ojos irritada. ¿Y qué quería decir *diápsido*? Lo buscó. Quería decir que el cráneo tenía dos fosas temporales, al contrario que en sinápsidos y anápsidos, que tenía... Se mordió el labio. ¿Qué era exactamente una fosa temporal? Lo buscó. Una abertura en la parte posterior del cráneo que permitía

la extensión e inserción de los músculos de la mandíbula inferior, y se distinguía entre fosas infratemporales y supratemporales, que ¿qué quería decir? Lo buscó.

Los días pasaban a la velocidad del rayo al tiempo que la frustración de Anna iba en aumento. Se trataba de escribir el informe de su tesina, no una redacción de tema libre. Tenía que aportar algo nuevo, no limitarse a reproducir un debate a base de reescribir artículos. Intentó explicarle a Cecilie que había dedicado tres días a leer cuatro páginas, y todo lo que consiguió fue que la mirase como si acabara de llegar de Marte. Pero era cierto. Todas y cada una de aquellas palabras le resultaban desconocidas, y cada vez que trataba de hacerse con ellas lo único que lograba era que apareciesen más palabras raras; al final había consultado tantos términos en tantos libros y seguido tantas pistas que apenas recordaba qué era lo que buscaba al principio. Las palabras nunca eran unívocas, porque en ellas tenían cabida los más complejos procesos de la naturaleza, y aunque había estudiado durante la carrera los conceptos a los que hacían referencia, había olvidado la mayor parte, y ésos también se veía obligada a repasarlos. Al cabo de un mes, su frustración se convirtió en angustia. ¿Sería estúpida? Lo cierto era que no entendía casi nada de aquel debate que tanto encendía a Tybjerg y a Helland.

En un rapto de desesperación decidió leer *Las aves* de Clive Freeman de cabo a rabo. Tybjerg había mencionado el libro en un par de ocasiones diciendo secamente que cuando fuera capaz de desmenuzarlo estaría lista para presentarse al examen. La joven lo tenía sobre la mesa hacía semanas; todos los días, al irse a casa, lo guardaba en la cartera con la intención de leerlo, y todas las noches se quedaba dormida al cabo de siete líneas. Ya no le quedaba otra salida. Animada por la idea de que al acabar el libro lo vería todo claro, se sumergió en la lectura.

El tratado de Freeman era una obra maestra. Estaba repleto de maravillosas fotografías e ilustraciones a todo color y, por más que Anna avanzara, no hacía sino encontrar argumentos sobrios y contundentes, puntos de vista apoyados en bien sope-

sadas conclusiones y referencias bibliográficas; en los puntos donde aún faltaban aspectos por clarificar, el ornitólogo había dejado patentes sus dudas. De no haber sido por la persuasiva insistencia de Helland, y sobre todo de Tybjerg, en que Freeman estaba equivocado, la joven se habría sumado de inmediato a los partidarios de su teoría de los grupos hermanos. No cabía la menor duda de que era un hombre que sabía de lo que hablaba. ¿Y ése era el tipo al que tenía que «hacerle morder el polvo de una vez por todas»? Cuando terminó de leer *Las aves* se encontró con que, a pesar de las ochenta y dos páginas de anotaciones que había tomado, sus conocimientos seguían en el mismo punto que antes y le aterrorizaba la tarea a la que se enfrentaba. Con el libro entre los brazos y el corazón acelerado, decidió confesar.

Su tutor la aguardaba en la cafetería del museo; la joven no había llegado siquiera a tomar asiento, pero ya dejaba traslucir su desazón.

—Tybjerg, no logro entender por qué Freeman no puede tener razón en lo que afirma. A mí sus argumentos me parecen de lo más convincente.

El científico frunció los labios.

—Eso es porque no has leído suficiente —dijo en tono inexpresivo.

—He tardado tres semanas en leer *Las aves* —admitió ella dándose por vencida.

—¿Y por qué demonios lo has leído? Podías haberte limitado a hojearlo, con eso habría bastado.

Le arrancó el libro de las manos.

—Esto no es más que un engañabobos —dejó que las páginas corrieran velozmente entre su índice y su pulgar y de pronto esbozó una leve sonrisa—. Pero entiendo que se te escape un poco. Freeman resulta convincente porque está convencido, y ésos son los peores.

Dejó *Las aves* frente a ella y la observó un instante con aire de estar trazando un plan.

—Olvídate del libro —dijo bruscamente— y lee al menos quince artículos de autores que sostengan que las aves

son dinosaurios contemporáneos y otros quince de autores que opinen lo contrario. Entonces lo verás todo claro. Y, por ahora, mantente alejada de los libros. Hay muchos muy buenos, ya los verás más adelante, pero éste...

Estrelló la obra de Freeman contra la mesa.

—... no es más que propaganda camuflada.

Anna resopló.

—Y una cosa más —añadió Tybjerg con mirada penetrante—: tendrás que dar por sentado que tengo razón. Poco a poco te convencerás tú misma, pero mientras tanto tendrás que dar mi postura por buena. Si no, te irás a pique, así de sencillo.

Le indicó con un gesto que daba por concluida la reunión y ella asintió.

Anna dedicó los tres días siguientes a rebuscar en los catálogos de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Naturales y de la Salud. Intentó tener presente en todo momento que Tybjerg tenía razón.

El primer día fue como vagar por el desierto. Había toneladas de artículos a favor y en contra, pero no encontraba nada que la convenciera de que los argumentos de sus tutores eran más válidos que los de Clive Freeman. Al segundo día, sin embargo, ocurrió algo. Ya había localizado cerca de cuarenta artículos, los había fotocopiado y los tenía diseminados por la mesa, y a punto estaba de dejarse llevar de nuevo por la frustración cuando un atisbo de luz irrumpió en la oscuridad.

Si Tybjerg tenía razón, si de veras era cierto que el parentesco entre aves y dinosaurios tenía una base tan sólida como sostenían sus tutores y... contó rápidamente los artículos... cerca de veinticinco investigadores de todo el mundo, eso suponía que su postura tenía que ser la más documentada tal y como sostenía él, y, si era cierto, ¿no resultaba extraño que revistas de renombre como *Nature, Science* y, sobre todo, *Scientific Today,* que vivían de su credibilidad científica, siguieran dedicando tantas columnas a ese debate? La pro-

pia Anna aún no estaba convencida de que las cosas fueran así, aunque empezaba a parecerle secundario. La situación habría sido muy distinta de haber cabido el más mínimo atisbo de duda; si las aves *quizás* hubiesen sido dinosaurios, si aún faltaran por descubrir restos fósiles como ocurría en los setenta y los ochenta, o si en el año 2000 no hubiese aparecido el *Sinosauropteryx* emplumado y en 2005 un *Tyrannosaurus* que también tenía plumas. Pero había fósiles a montones, los dinosaurios con plumas eran una realidad y resultaba evidente que los autores de todos aquellos escritos que abogaban por el estrecho parentesco entre ambos tipos de vertebrados estaban convencidos de que las aves eran dinosaurios. Totalmente convencidos.

Anna tenía la mirada extraviada.

Tybjerg le había explicado que el consejo de redacción de ese tipo de revistas solía estar integrado por cinco redactores con formación académica, lo que —dicho con otras palabras— equivalía a afirmar que la decisión de qué asuntos científicos debían llegar a la opinión pública estaba en manos de sólo quince personas, cinco por cada una de las tres principales publicaciones: *Nature, Science* y *Scientific Today*. Quince personas. No era gran cosa, pensó. Para evitar repartos tendenciosos de ciertos temas y áreas de investigación, esas quince personas tenían que asegurarse de que lo que publicaban sus revistas fuese un fiel reflejo de la investigación que se estaba llevando a cabo en el mundo, y ahí era donde algo no encajaba. Aunque los expertos estaban de acuerdo en que los pájaros eran dinosaurios vivientes, al menos una de cada dos revistas incluía nuevas aportaciones al debate sobre el origen de las aves. Anna se sintió presa de la excitación. Como una flecha, separó los artículos en dos grupos, subrayó en amarillo los nombres de sus autores y se recostó satisfecha. Había veinticuatro artículos y notas breves en el montón que apoyaba la afinidad entre aves y dinosaurios, y veintitrés en el montón de los que no creían que las aves fueran dinosaurios contemporáneos. Erik Tybjerg y Lars Helland eran coautores

de cinco de los escritos del primer montón, y los diecinueve restantes eran obra de otros dieciséis investigadores de universidades de todo el mundo, es decir, una dispersión de lo más convincente.

A continuación revisó el montón de los otros veintitrés artículos. Los firmaban un total de tres autores: Clive Freeman, Michael Kramer y Xian Chien Lu. Y solamente Freeman y Kramer eran responsables de diecinueve de los veintitrés. Se levantó y tomó asiento frente a un ordenador con acceso a Internet. Primero buscó a Xian Chien Lu y descubrió que el paleontólogo chino llevaba muerto un año, de modo que únicamente quedaban Clive Freeman y Michael Kramer. Tardó ocho clics en averiguar que Kramer había hecho su tesina en el Departamento de Ornitología Evolutiva, Paleobiología y Sistemática de la Universidad de British Columbia en marzo de 1992, obtenido una beca de doctorado en ese mismo departamento en 1993, concluido sus estudios con una tesis doctoral en el departamento entre 1997 y 2000 y firmado un contrato como docente en junio de 2000. Los ojos de la joven recorrieron ávidamente su currículum hasta dar con lo que buscaban. Director de tesina y tesis doctoral: profesor Clive Freeman. Supervisor de tesis: profesor Clive Freeman. Catedrático del Departamento de Ornitología Evolutiva, Paleobiología y Sistemática: Clive Freeman. Por primera vez desde que había empezado a trabajar en su tesina, Anna tuvo la sensación de que empezaba a ver la luz.

Apenas le había dado tiempo a quitarse el chaquetón y encender el ordenador cuando algo la distrajo. Aguzó el oído. Anna conocía todos y cada uno de los ruidos del departamento. El chirriar del extractor, los detectores de humo al ponerse en funcionamiento, el vocerío de los estudiantes que iban a hacer prácticas lunes, martes y jueves, los pies presurosos de Helland, el paso cansino de Johannes, las pisadas de Svend y Elisabeth —los otros dos profesores del departamento—, el

uno sobre blandas suelas de goma y la otra sobre sus chasqueantes tacones. Pero lo que estaba oyendo no acababa de encajar.

Alguien echó a correr y se detuvo, Johannes empezó a llamar a Elisabeth con voz ahogada, después de nuevo el sonido de unos pasos a la carrera, la voz de Elisabeth y, por último, la de Svend. Apartó la silla de un empujón y se asomó al pasillo sorprendida. Johannes se encontraba en la puerta del laboratorio de Svend haciendo todo tipo de aspavientos.

—Está ahí tirado... creo que muerto. Tiene un aspecto horroroso. La ambulancia ya viene, han dicho que llegarían enseguida, que no me marchara, pero no puedo mirarle. La lengua..., es su lengua.

Anna salió del despacho y se dirigió hacia el trío, que empezó a alejarse antes de que lo alcanzara. Iban corriendo y ella los imitó. Diez segundos más tarde se detenían frente a la puerta de Helland, que estaba abierta.

Por un instante se quedaron paralizados. Helland estaba echado en la tumbona. Llevaba puestos los pantalones grises que la joven había entrevisto cinco minutos antes por la rendija, al escabullirse por delante de la puerta entornada, y estaba algo hundido en el asiento, con los brazos colgando rígidos a los lados y los ojos desorbitados. En su regazo descansaba, como si hubiese estado leyéndola, la tesina de Anna manchada de sangre. Entonces vio la lengua.

La tenía sobre el pecho. Por un extremo parecía una lengua cualquiera, áspera y de color carne, y por el otro un sangriento miembro cercenado, largo y entreverado como una pieza de solomillo. Johannes, en pie tras ellos, gemía, y Anna, Elisabeth y Svend reaccionaron al unísono saliendo al pasillo.

—¡Joder!

Johannes, incapaz de controlar sus manos ni su mirada, les explicó entre balbuceos que había quedado con él para hablar de su artículo. Llegué puntual, explicó. En vista de que nadie contestaba, empujó la puerta y le encontró ahí, entre estertores, con la lengua caída sobre el pecho como si en ese preciso

instante acabara de desprenderse de su cuerpo. Al aferrarse a él, el joven vio que tenía los ojos en blanco; en ese momento fue presa del pánico, le soltó, salió disparado hacia el despacho del fondo y llamó al 112. Svend entró en el baño que había frente al despacho de Helland y vomitó.

—Vamos a tener que entrar —dijo Anna—. ¿Y si está vivo? ¿Y si, después de todo, no está muerto? Tenemos que ayudarle.

—Voy yo —afirmó Elisabeth con decisión.

—No podemos tocar nada —gritó Johannes—. Lo han dicho.

—Tranquilízate, Johannes —le pidió Anna.

Todo le daba vueltas. Svend salió del baño con la cara blanca como la cera. Oyeron unas sirenas que se aproximaban.

—Joder —exclamó Svend frotándose un ojo con la palma de la mano.

Las sirenas ya estaban cerca y no tardaron en oír alboroto en las escaleras. Dos agentes de uniforme y el médico de la ambulancia aparecieron de pronto; el médico entró inmediatamente en el despacho de Helland y treinta segundos más tarde llegaron otros dos policías. Uno de ellos pasó al despacho mientras los otros tres trataban de hacerse una idea de la situación. A la pregunta de qué había ocurrido, Svend y Elisabeth empezaron a quitarse las palabras de la boca. Anna bajó la vista y reparó en un botón que había en el suelo de linóleo. Elisabeth y Svend desaparecieron por el pasillo con un agente. Anna no apartó los ojos del botón hasta que, al sentir un repentino calor en la cabeza, comprendió que Johannes la estaba observando.

—Bueno, creo que tenemos una pequeña charla pendiente —les dijo uno de los dos policías que quedaban. Durante los cinco minutos que se prolongó la conversación, Johannes repitió lo que ya había contado y Anna se presentó y les explicó que había visto la pernera de Helland por el hueco de la puerta al pasar, que había oído voces acaloradas que salían del despacho, sí, puede que sólo fuera una voz la acalorada, y no, no había oído al pie de la letra lo que decían. Su amigo no le quitaba

ojo. La joven extendió una mano con cautela para ver si le temblaba. Efectivamente, estaba temblando.

El médico se asomó y orientó en voz baja a los agentes, que asintieron. Uno de ellos acompañó a Anna y a Johannes hasta unas sillas que había en el pasillo.

—Esperen aquí, serán unos minutos —dijo antes de regresar a la puerta de Helland. La joven observó cómo acordonaban la entrada del despacho y parte del pasillo con una cinta de plástico roja y blanca.

Llegaron más policías vestidos de uniforme y de paisano. Dos de los que iban de paisano se pusieron unos finos trajes blancos y mascarillas y desaparecieron en el interior del despacho de Helland. Un hombre alto se aproximó a los dos jóvenes y se presentó como el comisario Søren Marhauge. Tenía los ojos castaños, pecas y el pelo muy corto, y miró a Anna a los ojos con gesto cordial.

A propuesta de la estudiante pasaron a la pequeña biblioteca que había entre el laboratorio de Svend y el de Helland. Søren Marhauge tenía una voz dulce y una manera de hablar pausada y muy particular, como si necesitara pensarlo todo bien antes de hacerse una idea exacta de la situación. A Anna le molestaba. Tenía la sensación de estar contestando a las mismas preguntas una y otra vez, de modo que para cuando, veinte minutos más tarde, llamaron a la puerta ya lo había bautizado como el Policía Más Desesperante del Mundo. Un agente asomó la cabeza por la puerta para decirle unas palabras en voz baja y con eso se dio la reunión por terminada. El Policía Más Desesperante del Mundo se alejó por el pasillo y Anna corrió a su despacho. El edificio era un hervidero de policías. Se llevó las manos a la cabeza. Al cabo de exactamente dos semanas tendría que defender esa misma tesina que estaba tirada en el despacho de Helland embadurnada de sangre.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).